

Debía haberlo robado, pues no era creíble que lo hubiese confiado á un hombre al que apenas conocía, siendo indudable que debía su posesión á una acción criminal, ó á lo menos á una casualidad.

Ese pensamiento fue la explicación de lo repulsivo que le era el Marqués, y le sirvió para comprender en qué se fundaba la atracción que experimentaba hacia Jorge de Kerhoët su hermano.

Desesperada llevóse las manos á la cabeza creyendo volverse loca, y así permaneció hasta que oyó un ruido de pasos que haciendo crujir la arena del parque la distrajo de sus cavilaciones.

Una mirada la bastó para concluir la lectura de ese documento.

Ruego á Rosa que me perdone, y para indemnizarla en lo posible, la instituyo por la presente mi heredera universal.

¡Si esto era cierto, aquel documento la pertenecía! ¡Ese testamento hecho en su favor era de su propiedad!

Doblólo rápidamente y se lo guardó en el pecho, cerrando bruscamente los cajoncitos de la papelera, echó la llave en el sortijero y se volvió á su cuarto por el mismo camino.

Quiso encerrarse allí, pero no pudo lograrlo, porque el cerrojo de la puerta del cuarto tocador, ó no existió nunca, ó lo habían quitado con deliberada intención, no quedando ni rastro de su existencia. En pocos minutos arreglóse la despeinada cabellera, lavóse la

cara y volvió á ocupar su sitio en el sillón delante del fuego, al que echó dos ó tres leños más.

El ruido de un coche que pasaba por delante del pabellón hizola levantar la cabeza, y acercándose á la ventana vió que se alejaba el landó arrastrado por un vigoroso tranco. Los dos criados ocupaban el pescante, de modo que en el pabellón sólo quedaba el guarda, el anciano sirviente al que Breynes transmitía sus órdenes, y que sin duda era un hombre de confianza, un ser capaz de todo.

Oprimiósele el corazón, ¿qué iba á ser de ella?

No se atrevió á hacer ni un movimiento, temiendo á cada instante ver al Marqués presentarse á su lado, pero no se presentó

XVI

A eso de las doce llamaron á la puerta, de la que habían descorrido el cerrojo, ¿para qué servía esto si podían entrar en su cuarto por otras puertas?

El que llamó fue el criado para su plicarla que bajase á almorzar al comedor. Rosa se había fijado hasta entonces en el guardian, que era un hombre de unos cincuenta años, con ese rostro ladino, pero no exen-

to de dulzura, siendo en general su aspecto sencillo. Al verle se propuso hacerle hablar.

—¡Pasad!—le dijo.

—Permitame la señora que la diga que el señor Marqués está esperando.

—No tengo apetito.

—Hace muy mal la señora en no querer bajar, porque el señor Marqués dió orden de preparar un almuerzo excelente.

—¿Servís aquí?

—Desde hace veinticinco años.

—¿Sois solo?

—Sí, señora.

—¿Está muy lejos este pabellón de otras casas?

—Sí, señora. El padre del señor Marqués tenía mucho cariño á este coto y lo engrandeció, pero en cambio en poder del hijo ha ido disminuyendo mucho, y hoy puede decirse que apenas cuenta unas doscientas fanegas, bastante abundantes en caza gracias á los bosques de las inmediaciones.

Y con marcada intención añadió:

—Estamos completamente aislados en medio de los bosques y el pabellón está muy lejos de toda otra habitación.

—Me parece que no es necesario que os manifeste que no vine aquí de buen grado, y que si no me marché es porque me detienen á la fuerza.

—Tengo la costumbre de no ocuparme de las acciones del señor Marqués, mi amo, cumplo con mi obligación y lo demás impórtame poco.

— Ese coche que se marchó hace poco, ¿tardará mucho en volver?

—No.

—¿A dónde fue?

—A por provisiones á Corbeil.

—¿Por provisiones! ¿De modo que el señor Marqués confía en que estaré aquí mucho tiempo?

—No sé nada respecto á los proyectos del señor Marqués. Lo único que creo es que piensa pasar aquí unos días al lado de una señora de la que está muy enamorado. Esto es lo que pude adivinar al oír las órdenes que me dió.

—Os repito que si estoy aquí es sólo por que me obligan con la violencia.

—¿A quién convenceréis de que es así?— respondió el criado procediendo á arreglar rápidamente el cuarto.—Si me estuviese permitido dar mi opinión, ó al menos tener una, diría á la señora que me parece que no obra con mucha cordura resistiendo á los deseos del señor Marqués, que la ofrece un título estimado y una elevada posición en la sociedad...

—Según veo le queréis mucho.

—Así es. He pasado toda la vida en esta casa y saldré de ella con pena. Mi padre fue guarda y yo desempeño también esas funciones cuando no tengo más que hacer.

—¿Cómo os llamáis?

—Lambert.

—Decidle á vuestro amo que no obtendrá nada de mí por la fuerza, y que si me de-

vuelve la libertad no me quejaré á nadie á pesar del daño que me hizo. Guardaré silencio acerca de lo que pasó y haré lo posible por olvidar estos dos días.

—Enteraré de vuestras palabras al señor Marqués; pero creo, á juzgar por algunas que se le escaparon delante de mí, que no renunciará con tanta facilidad á sus proyectos. ¿No queréis bajar?

—No.

—No es posible que la señora pase todo el día sin tomar ningún alimento.

—Pasaré.

Marchóse Lambert, saludando con mucha deferencia á Rosa, y dando dos vueltas á la llave del mismo modo que lo hiciera antes el Marqués. Este esperaba en el comedor.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Que se niega á bajar, y si el señor Marqués quiere que le diga mi opinión, no conseguirá nada mientras no apele á otros medios.

—¿De qué modo?

—Valiéndose de otros recursos, de los grandes medios. No sé cuales, pero sé que si sigue negándose á aceptar cuanto se la propone, la situación puede continuar siendo la misma durante largo tiempo.

—¡Y es preciso acabar de una vez, porque estoy completamente arruinado, Lambert! ¡Que esa mujer sea mía y estoy salvado, y si no perdido sin remedio! Sí, debe heredar una gran fortuna y lo ignora.

—Entonces...

—Creí que podría convencerla, seducirla, y no he adelantado nada.

—¿Y la señorita Elena de Restaud?—preguntó el criado.

—¡Es imposible pensar en ella! ¡Un capricho que pasó!

—De modo...

—Que hoy mi único recurso es la que está arriba. Oye, Lambert, ó me salvo consiguiendo lo que quiero de esa mujer, ó mañana me levanto la tapa de los sesos. He dicho que no quiero volver á París, y si vuelvo sólo lo haré con los pies hacia adelante cuando me lleven.

—¡Señor!

—Es cosa resuelta y nadanadie me hará cambiar de propósito. Sirveme un vaso de ese Burdeos que es exquisito; es un Medoc añejo de nuestra buena época, y la viña que lo produjo ya se la llevó el demonio como todo lo demás. ¡Cuántas locuras cometí y de qué manera derroché vida y fortuna!

—¿Y si se hubiese hallado dormida esta noche?

—No sé lo que habría sucedido, porque estaba decidido á ello y tal vez vencida pasaría por todo: y en el caso en que me hallo, un crimen importa poco, y los que hace cometer el amor no se cuentan como tales, sino que se perdonan.

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—Pues entonces hay que obrar.

—Es una orgullosa, pero á pesar de eso

habríala suplicado, y casi estoy seguro de que me perdonaría.

Lambert se acercó á su amo.

— Haré todo lo posible para que otra noche duerma,—dijo.

—¿Y qué hay que hacer?—replicó el Marqués.

—Lo más conveniente es que no os dejéis ver hasta muy entrada la tarde.

—¿Qué te propones?

—Dejadme que la inspire confianza, si es que esto es posible.

—¡Sea, hágase como quieras! Será el último servicio que me prestes.

En cuanto se quedó sola, recostóse Rosa en su sillón quedándose muy cavilosa. En esa postura permaneció largo rato.

Segura de que no podían interrumpirla sacó del pecho el testamento del doctor Montel y se entregó á su lectura, durante la que olvidaba todos los peligros que la rodeaban.

¡XVII

Hasta las once no pudo Ladurin abandonar su trabajo, pues á esa hora se presentó su amo en el puesto y le dió permiso para hacerlo. Sin detenerse en ninguna parte di-

rigióse á la calle de Mondetour y subió á saltos la escalera. Al pasar por delante del cuchitril de los Joquelin, hizoles la misma pregunta que Meraud les hiciera por la mañana.

—¿Hay algo nuevo?

—Nada.

Subió á la habitación de Teresa y entró muy conmovido hallando á la pobre mujer presa del mayor desconsuelo.

Con su americana rojiza, su delantal blanco y su cuchilla en la cintura, el rostro contraído y brillante la mirada, tenía Ladurin un aspecto formidable.

Montóse á caballo en una silla, y colocándose muy cerca de Teresa, preguntóla con acento en que se traslucía su desconsuelo:

—¿Se marchó?

—Sí.

—Contadme vuestras penas.

Este fue un gran consuelo para la pobre madre, á la que animaba el rostro franco del carnicero.

Contóle todo lo ocurrido, diciéndole que en un cajón del cuarto de Rosa, había encontrado tirada la carta del marqués de Breynes, pidiéndola una entrevista, y que no fue sólo esa la que halló, sino otras varias, en las que la solicitaba con las protestas más ardientes, y las más rendidas súplicas. Dióle las cartas á Ladurin para que se enterase de ellas.

Dióle cuenta Teresa de su visita al Comisario, de la manera desdeñosa cómo éste la

recibió y la imposibilidad en que se hallaba, no ya de obtener justicia, sino protección.

—Pues bien,—exclamó Ladurin,—nos defenderemos solos, una vez que se niegan á ayudarnos.

Esto costaba menos trabajo decirlo que hacerlo.

En el momento en que se entregaba á sus inútiles conjeturas, llamaron á la puerta del cuarto de la pescadera y Ladurin fue á abrir, encontrándose cara á cara con Pedro Raguene, su rival. El pasante no sabía ni una palabra de lo que ocurría, y no era la inquietud lo que allí le llevaba, sino el amor y el remordimiento, pues desde el punto en que ofendió á Rosa puede decirse que no vivía tranquilo.

Pasado el primer momento de cólera habíase arrepentido de su conducta, habiendo contribuido mucho á ese resultado y á imponerle, la dignidad con que recibió Rosa sus reproches.

Recibióle Teresa con cariño, porque Rosa habíasele contado todo, y la pobre madre no se admiraba del desprecio con que la trataban.

Todas las apariencias estaban en contra suya; todo las condenaba, y era necesario poseer la fe ciega y robusta de un Ladurin para absolverlas y protegerlas.

Al oír la noticia del rapto de Rosa púsose Pedro muy pálido y se tambaleó como si hubiese recibido un violento puñetazo en la cabeza. Aquello era el desenlace de la intriga,

el fin de la aventura, y sin embargo, cuando oyó pronunciar el nombre del Marqués, ocurriósele una duda.

—¿Decís que es?...—preguntó.

—El marqués de Breynes.

Ladurin le presentó la carta, y al ver la letra dióse el pasante una palmada en la frente.

—Sí, es él,—dijo.

Conocía mucho al Marqués, que era uno de los clientes del Notario señor Durand.

—¿Por qué,—se preguntó Pedro Raguene,—ese jugador, pródigo y arruinado, al que no dejaban resollar sus acreedores; al que la vispera habían embargado sus muebles y que era, según la expresión gráfica de los del oficio, carne para alguaciles y gente de la curia, perseguía á una pobre joven que no poseía ni un céntimo y que no podía esperar ni en el presente ni en el porvenir? ¿Qué fin era el del Marqués en aquella tenebrosa intriga que no acertaba á explicarse?

En la Notaría del señor Durand había tenido ocasión Pedro Raguene de hablar más de una vez con el Marqués, estando enterado minuciosamente de todos sus asuntos, de su carácter, y podido apreciar su espíritu incisivo y escéptico.

Leyó y relejó las cartas y se quedó absorto temiendo que bajo todo aquello se ocultase algún móvil criminal.

Teresa y Ladurin mirábanle en silencio esperando con ansia su decisión. Para Ladurin lo principal era la salvación de Rosa,

siendo indudable para él que su adorada había sido víctima de una odiosa emboscada, y no podía admitir, ni siquiera se permitía sospechar la existencia de una falta.

—¿La amáis?—preguntó á su rival.

—Rosa sabe que la quiero, y que mi deseo más ardiente es el de obtener su mano.

—Esa es también mi ambición,—contestó Ladurin.—Salvémosla ahora, y más adelante ella decidirá.

El pasante escribió una carta á su principal, y Ladurin se fue á avisar á su amo que tenía que ausentarse durante algunas horas, y juntos subieron después á un carruaje, mandando al cochero que les llevase al hotel de la calle de Prony.

Mister John estaba á la cuenta encargado de guardar la casa.

—¿El señor marqués de Breynes?—le preguntó con profunda deferencia Pedro Ragueneil.

John miró de pies á cabeza al recién llegado.

—¡Ausente!—respondió.

—Vengo á verle de parte de su Notario para tratar de un asunto urgente.

—¿De su Notario?—repitió John con marcado acento británico.—¡Bien! ¡Está ausente!

—¿Fuera de París?

Por toda respuesta Master John se encogió de hombros.

—¿No lo sabéis?

—¡No!

—Es una lástima, porque tengo que darle una buena noticia.

—¡Aoh!

—Sí, se trata de un testamento.

—¿Tratar testamento?—replicó el inglés.

—Sí, de un pariente que le deja una manda de mucha consideración.

—¡Aoh!

—Sí, y venía á decírselo. Hay que llenar algunas formalidades y convendría que lo viese sin perder un momento.

—¡Imposible!

—Ayer tarde debisteis acompañarle con el coche y saber donde está.

—No.

—¿No sois su cochero?

—Sí.

—¿No fuisteis ayer con él?

—No.

—Es extraño.

—No.

—¿Entonces habrá tomado otro cochero?

—Sí.

En vano el pasante se obstinó en interrogar al inglés, porque sólo obtuvo como contestaciones monosílabos guturales.

A pesar de que el hombre no es perfecto, hay que confesar que Master John tenía una borrachera discreta, ó tal vez que realmente no sabía nada porque su amo no le había tomado por confidente.

Cabizbajo y meditabundo dirigióse el pasante á su coche.

—Y bien, ¿qué hay?—preguntó Ladurin.

—Nada, pero ahora que me acuerdo, ¡con seguridad que está allí!—exclamó.

—¿En dónde?

—Voy á decíroslo; pero estoy pereciendo de necesidad. Vamos á almorzar,—dijo el pasante.

Ladurin, al que sólo preocupaba el recuerdo de Rosa, no tenía hambre.

—Mientras almorzamos, hablaremos,—añadió Ragueneil.

Y dirigiéndose al cochero, le dijo:

—A la calle de Montesquieu, al restaurant.

XVIII

Podía decirse de la señorita Carpiquel que desempeñaba sus funciones sin entusiasmo, pero á conciencia, y que no tuvo la culpa si el Almirante no recibió antes noticia de los sucesos que eran objeto de tantos comentarios en el mercado dividido en dos bandos.

Si se ha de decir la verdad, la señorita Carpiquel estaba muy avergonzada del papel que había desempeñado, y no se atrevía á referirlo con todos sus detalles al hombre que la pagaba con largueza para velar por una joven, á la que había contribuido á entregar al enemigo.

Hizo el relato, atenuando por supuesto la parte que tomara en esa expedición de todos los detalles del rapto de Rosa, de la visita hecha al Comisario, cuyo retrato trazó no sin cierta acritud, porque aún la parecía oír las palabras con que aquel Magistrado tan incrédulo como sarcástico la calificara de vieja y loca...

Y después de terminada la misiva y cubierto el rostro de rubor llevóla en persona á la administración de Correos de la calle de Rousseau que conservaba aún su antiguo modo de ser.

El sobre decía:

Al señor Almirante conde de Kerhoët.

Hotel Cours-la-Reine.

En el momento en que se presentó allí el cartero hacía muy poco que el Almirante se había marchado á Savigneux y tuvo que volver la carta á Correos con nueva dirección á Seine-et-Marne, perdiéndose así un día, y el conde de Kerhoët no se enteró de los sucesos que habían ocurrido antes de su llegada al castillo.

Nerviosa y sobreexcitada, y esperando con ansia el momento en que la prometió revelárselo todo, observaba la Condesa á su marido con mucha atención. A las diez de la noche encerróse en su cuarto dejando solos en el salón á Marta y á Jorge de Kerhoët. Este estaba dibujando sentado ante una mesa colocada cerca de la chimenea, en la que

habían encendido fuego para disipar la húmeda frescura de las noches, y Marta entreteníase en bordar á poca distancia. No se decían ni una palabra, pero considerábanse felices al vivir el uno al lado del otro y experimentando creciente simpatía.

Con arreglo á sus costumbres, el Almirante debía estar mientras tanto paseando por el parque hasta una hora muy avanzada de la noche, siendo aquel su paseo cotidiano. Las habitaciones que ocupaba hallábanse en el cuarto bajo precisamente enfrente de las de la Condesa, y se componían de un saloncito, un gabinete bastante espacioso y un dormitorio.

Valentina no dormía, porque al acercarse los acontecimientos que presentía, no la hubiera sido posible el hacerlo, y sentada en el hueco de una ventana situada hacia la parte por donde debía entrar el Almirante, contemplaba con distraída mirada los tortuosos senderos del parque, iluminados por la plateada luz de la luna.

Al dar las once entró el Conde en el salón y Valentina vióle pasar admirándose de que hubiera vuelto tan pronto.

Marta y Jorge seguían trabajando, y el Almirante se detuvo á contemplarlos cambiando algunas palabras, y antes de alejarse besó á su hijo con mucha efusión. Habíase puesto Jorge en pie, y Marta, con el bordado recogido, disponíase á retirarse, y Jorge la empujó á los brazos del Almirante.

Marta enrojeció y se echó á temblar.

—¿No la besáis?—le dijo.—Es el talismán de la casa.

Era efectivamente el hada buena, el amuleto de felicidad para aquella casa, y la que dulcificaba al futuro de Elena Restaud las amargas horas que faltaban para la del casamiento.

Jorge huía de su lado y Elena no se engañaba; pero confiaba conquistarle otra vez el día en que se alejasen de París y del bullicio de la sociedad, á ese retiro obscuro y secreto de que le había ella hablado, para instalarse en las orillas de los lagos del Piamonte, para aislarse y ocultar á ojos demasiado celosos el secreto de su caída.

La Condesa escuchó con mucha atención todos los ruidos que llegaban hasta ella; los de las puertas que se cerraban, los pasos de los criados que se dirigían á sus cuartos en los pisos altos ahogando sus risas y charlando alegremente y siendo completamente extraños á las pasiones de sus amos.

A las doce, Benita, que dormía en un cuarto inmediato al de la Condesa, entró á ver á ésta. Continuaba siendo la criada viaracha de antaño, y los años habían pasado sobre su cabeza sin hacer mella en ella, conservando su fisonomía la misma viveza, los ojos su brillantez, el cutis su tersura y su talle la esbeltez y elegante curvatura de otros tiempos.

Trediou, el criado, mejor dicho, el amigo del Almirante, como la provenzala lo era de la Condesa, hacíala rendida corte cada vez

que iba á París; pero Benita no quería abandonar á su ama, y Trediou habría abandonado á todas las mujeres de la tierra, amarillas, morenas, rubias, cobrizas ó negras por seguir al Almirante.

—¿No quiere acostarse la señora?— preguntó la doncella.

—No.

—¿Piensa la señora pasar toda la noche sentada en una silla?

—¿En dónde está el Almirante?

—En su cuarto desde hace más de una hora. Está escribiendo.

—¿Le viste?

—No, pero Trediou se separó de él hace un momento, y fue quien me lo dijo.

—Bien. Máchate y acuéstate.

—¿Qué es lo que espera la señora al pie de esa ventana?

—Nada.

—Hace días que la señora no se muestra muy razonable que digamos, y sin embargo, no hay motivos para devanarse tanto los sesos, porque Trediou me confesó que todo podrá arreglarse y más pronto de lo que se cree. El Almirante no piensa volverse á embarcar, y sí permanecer al lado de su esposa y de su hijo. Esta noche le dijo á Trediou al mandarles que se retirase... Pero, ¿me escuchas ó no la señora?

—Habla.

—El Almirante ha dicho: *Bastantes sacrificios hice por mi patria y por mi honor, y en adelante no quiero ocuparme más que de mi*

tranquilidad y de la de los demás. Entonces replicóle Trediou: *Si yo tuviera la seguridad, mi Almirante, de que habíamos de anclar al fin en un puerto, me casaría;* y al oír esto el señor le dió una palmadita en el hombro, y sonriendo le contestó: *Creo que te podrás casar muy pronto, amigo mío.* Ahí tiene la señora noticias muy tranquilizadoras, que como es de suponer, Trediou se apresuró á comunicarme y las traigo fresquitas para que la señora pase buena noche.

—¿Dices que el Almirante está escribiendo?

—Sí.

—¿Tan tarde?

—¿Y qué tiene de particular? La señora sabe que el Almirante es muy original en todas sus cosas y que apenas duerme.

—Tienes razón, puedes retirarte, Benita.

La provenzala preparó todo lo necesario para que se acostase su señora y después se retiró á su cuarto.

Quedóse sola Valentina, y cuando estuvo segura de que nadie podía verla ni oírla, abrió la puerta de su cuarto y salió de él andando de puntillas.